

Guerra cultural en la red: las bibliotecas virtuales¹

José Luis González Quirós
Instituto de Filosofía, CSIC, Madrid
jlgonzalezquiros@gmail.com

Una de las características más notables de la situación intelectual en que se encuentra el mundo contemporáneo es lo que los sociólogos llaman *reflexividad*, esa condición según la cual se ha roto de manera cuasi definitiva cualquier vínculo supuestamente natural, intuitivo o inmediato entre palabras y cosas, incluso entre palabras y palabras. El lenguaje es el lugar en el que toda reflexividad tiene su asiento y, por ello mismo, se ha convertido, de una manera insospechada en la auténtica *casa del ser*, una *casa* que a veces resulta agobiante porque carece de ventanas. El crecimiento de la información, la babélica multiplicación de los lenguajes, nos ha obligado a interponer de una manera creciente toda clase de mediaciones lingüísticas entre nosotros y cualquier cuestión. Quizás por eso, de una manera que hubiese resultado imprevisible para los creadores de la modernidad, hemos dado un giro de ciento ochenta grados para abandonar el objetivismo baconiano que practicaba el silencio sobre uno mismo, tal vez porque, en realidad, casi no sabemos hablar de otra cosa. Esta tendencia al ensimismamiento en los límites de la cultura propia ayuda a entender, por otra parte, el insólito aprecio que goza en tantas partes el cultivo de la identidad, el narcisismo colectivo, en términos culturales y, especialmente entre nosotros, el nacionalismo en términos políticos. Por lo demás, cuando ahora se habla de cultura se piensa inmediatamente en la lengua, en lo que todos compartimos porque las sociedades democráticas han tendido a quitar casi cualquier valor a aquello que unos tienen y otros no, lo que antes se llamaba el saber o *la cultura*.

Reduciendo la cultura a la lengua, es inevitable sustantivar la información, ese magma casi intratable que media de manera irremediable entre nosotros y las cosas, eso que ciertos filósofos de hace casi un siglo llamaban, con sencillez un poco pretenciosa, las cosas mismas. Ahora estamos más nutridos de información que nunca pero, aunque sigamos estando lejos de poder considerarnos una sociedad sabia, nos dedicamos a presumir provincianamente de *nuestra cultura*.

Como es evidente, en esta *sustantivación* de la información ha intervenido, de manera muy poderosa, un factor decisivo: el hecho de que hayamos aprendido a manejar signos como se manejan cosas, que podamos manipular palabras sin estropear los textos y que podamos hacerlo a velocidades casi por completo milagrosas. Pese a todo ello, a cualquiera se le vienen, o se le deberían venir, a las mientes una buena serie de abismos cuando pretendemos *pasar*, sin que nunca se explique muy bien cómo, de la sociedad de la información a una sociedad del conocimiento maravillosamente utópica.

Eppur si muove, podíamos decir. Es muy cierto que estamos ante una *tercera revolución industrial* apoyada en la importancia adquirida por la creación intelectual y la innovación científica como

¹ Este texto ha sido publicado con idéntico título como uno de los capítulos del siguiente libro: Jaime Otero y Hermógenes Perdigüero, Eds. *El porvenir del español en la sociedad del conocimiento*, Caja de Burgos (Fundación Caja de Burgos y Fundación de la Lengua Española), Burgos, 2006. El artículo aparece en las páginas 53 a 64 de la citada publicación y se reproduce aquí con el correspondiente permiso.

palancas decisivas del crecimiento económico. Así las cosas, es obvio que resulta de la mayor importancia tanto la presencia en Internet como el uso habitual de los recursos que proporciona que, poco a poco, van sustituyendo, y mejorando, a sus equivalentes en el mundo pre-digital, de manera que todos los procedimientos que miden el acceso a la red funcionan como indicadores muy fiables de poderío económico, científico y cultural. El caso de las bibliotecas, del archivo de documentos es, en este sentido, especialmente significativo. Se puede decir que se ha creado un nuevo *espacio* y que, por tanto, es preciso usarlo y conquistarlo, tratar de ser líderes en él. En consecuencia son muchos los que ven un remedo del colonialismo y el imperialismo que desarrollaron las grandes potencias en los últimos siglos en la conquista de ese nuevo espacio virtual.

Adelantaré que, en mi opinión, la analogía es engañosa. Me parece que se suele dar un salto injustificado cuando se pasa de afirmar que internet es un espacio muy relevante para el desarrollo del conocimiento a afirmar que la capacidad de innovación científica y el desarrollo tecnológico *dependan* de internet. Lo que vamos viendo es lo contrario: salvo casos extremos, el uso de internet no resulta especialmente problemático, casi una especie de *commodity*. Lo que ya no es tan sencillo es lo que se pueda poner en internet, lo que hay que hacer en la realidad para que la red lo refleje adecuadamente. La investigación y la cultura no son internet ni, en ningún sentido relevante, dependen de internet. La ciencia y la tecnología dependen de que se cultiven, de que las personas y las instituciones, pero, sobre todo las personas, se esfuercen, sean creativos, se atrevan a ser originales a competir, a desprenderse de la protección y el refugio que proporciona la espesura académica y burocrática, o de la cómoda rentabilidad de negocios sin ambición que se limitan a aplicar de modo más o menos decoroso lo que otros innovan. Como estamos en el año en que se cumple el centenario del Nobel a Santiago Ramón y Cajal, no resisto citar unas palabras suyas al respecto: “Existen actualmente (decía en 1923) laboratorios en España tan suntuosamente dotados que los envidian los sabios más grandes del extranjero. Y, sin embargo, en aquellos se produce poco o nada. Es que nuestros ministros y corporaciones docentes se han olvidado de dos cosas importantes: que no basta declararse investigador para serlo y que los descubrimientos los hacen los hombres y no los aparatos científicos y las copiosas bibliotecas” y añadía líneas más abajo, “En suma: más que escasez de medios, hay miseria de voluntad. El entusiasmo y la perseverancia hacen milagros”. Me parece que con internet no deberíamos cometer el mismo error: la red está ahí, lo importante es que sepamos incorporarle mejores contenidos que los que otros aportan, que sepamos sacarle mejores rendimientos, que sepamos mejorarla, acercarla a nuestros deseos y objetivos, poseerla y perfeccionarla.

Casi todos los estudios coinciden en señalar que los hispanohablantes, con interesantes diferencias entre España y las naciones americanas, ocupamos un puesto más alto en el uso de la red que en nuestra aportación a ella. Ese es el problema y no la lengua. Somos más usuarios de lo que otros hacen que innovadores, y eso es lo que hay que tratar de arreglar sin dar por supuesto que el problema está en la lengua. La ciencia es, de hecho, algo claramente internacional y aunque no sería lógico negar los sesgos que benefician al inglés respecto de otras lenguas, me parece poco atinado tratar de encastillarnos en nuestra lengua, tanto si es el español como si es el francés, el italiano o el alemán. Para decirlo con toda claridad, creo que intentar hacer un Google francés supone un cierto despropósito, un desperdicio de capitales y de energías que mejor irían encaminadas en otras direcciones, en imaginar, por ejemplo, cómo habrán de ser las futuras bibliotecas digitales y cómo podemos dar pasos hacia ellas, porque se trata de inventar algo que no existe todavía aunque las distintas tecnologías nos permitan prefigurar algunas de las características de esas futuras instituciones. Los buscadores se basan en criterios sintácticos, de manera que la lengua en que se encuentra el documento que buscan resulta transparente para ellos. Es evidente que se puede sesgar la indexación de páginas con las que trabaja el motor de búsqueda primando las de una lengua u olvidando las de otra, pero eso no debería llevar a otra cosa que a incrementar los medios de digitalizar nuestro patrimonio y a potenciar la presencia en la red de nuestra cultura: no acabo de entender que pueda ser especialmente útil botar un nuevo buscador. Independientemente de que

cualquier desarrollo tecnológico puede ser valioso hay que procurar que el provincianismo no ciegue nuestras entendederas.

El caso de las bibliotecas digitales, que ha dado mucho que hablar como ejemplo de guerra cultural, es especialmente interesante, sobre todo si realmente queremos hacer que nuestra lengua no sea, más pronto o más tarde, una lengua muerta y si consideramos, como es lógico hacerlo, que el patrimonio cultural que en ella se ha expresado es rico y muy digno de conocimiento, de preservación y de cultivo. Cuando hablamos de bibliotecas digitales, nos referimos, a la vez, a dos realidades distintas: en primer lugar, al hecho de que, dadas las enormes ventajas de espacio y de costes que representan los textos digitales, es evidente que, más pronto que tarde, tendremos enormes archivos de este tipo que tenderán a almacenar la totalidad de los documentos que se han producido a lo largo de la historia. La segunda cuestión que nos plantea de manera inevitable esa primera constatación es la que se refiere al modo más razonable y eficiente de organizar ese nuevo tipo de bibliotecas. La idea que aquí queremos defender es que el tipo de organización y de gestión de esas nuevas bibliotecas digitales puede ser muy distinto al que se ha hecho clásico en las bibliotecas tradicionales. Dicho de un modo breve: una revolución instrumental y tecnológica nos obligará a cambiar de *paradigma*. En nuestra opinión, como hemos mostrado con cierta extensión en *El templo del saber. Hacia una biblioteca digital universal* (2006) la filosofía de Popper nos proporciona algunas ideas que pueden ser sugestivas e incluso muy útiles al respecto.

Contra la creencia común que afirma que las tecnologías se desarrollan de una manera finalista, esto es, atendiendo a un objetivo y/o a una necesidad, la verdad es que la historia de la tecnología nos muestra muchos ejemplos contrarios. En nuestra opinión, estamos hoy ante uno de esos casos: sin que se haya buscado inicialmente ese efecto, la tecnología digital nos puede proporcionar un conjunto enteramente nuevo de sistemas para el control de la información, para la captación, el almacenamiento, la gestión y el uso de los múltiples saberes que tenemos sobre infinidad de cosas. Las tecnologías digitales surgieron como una familia de soluciones para el control de máquinas y procesos muy complejos, pero, a partir de ese origen finalista, el desbordamiento de las posibilidades que trajeron consigo está siendo cosa de cada día y no se ve todavía a dónde puede llevarnos... aunque ninguno o casi ninguno de sus creadores acertaron en su momento a pensar en ello. Quien si pensaba en este asunto era H. G. Wells que llegó a anticipar, como explicamos en nuestro libro, un archivo universal y omnicompreensivo, aunque basado en micro-films que era la herramienta disponible a la que Wells podía encomendar su imaginación. Creo que nos hace falta unir la capacidad del ingeniero con la imaginación del escritor para acertar a definir con claridad por dónde queremos ir, ya que ahora es claro que podemos ir a más de un lugar sorprendente y maravilloso.

Una característica común a la mayoría de las tecnologías digitales es que son, en realidad, *sobretecnologías*, tecnologías que recubren lo que manejan con lo que en alguna ocasión he llamado la *segunda envoltura digital*, pero, precisamente por eso, tienen una sorprendente capacidad para coexistir e interactuar con diversos sistemas tecnológicamente menos evolucionados, sistemas que podrían ser superados por la tecnología digital, pero que, por unas u otras razones (la más importante, los hábitos de los usuarios), se mantienen en vigor. Piénsese, por ejemplo, en el hecho de que sigamos utilizando en los ordenadores el viejo sistema de archivos propio de la burocracia de legajos.

Para situar exactamente el punto de vista que quiero defender comenzaré analizando brevemente un ejemplo que espero sea bien conocido por todos. Imaginemos que hace, por ejemplo, treinta años, se encarga a una institución de almacenar y gestionar el conjunto de imágenes fotográficas de nuestro planeta tomadas por satélite, de modo que pudiese resultar fácil y rápido acceder a una determinada fotografía. Suponiendo que cada una de las fotografías de que dispusiésemos reflejase un kilómetro cuadrado de terreno, necesitaríamos más de 510 millones de fotografías. No es difícil

imaginar las razones por las que, hace treinta años, a nadie se le ocurrió hacer nada semejante. Pues bien, gracias, por ejemplo, a Google, ahora es posible hacer eso con un par de clicks en cualquier ordenador y se puede obtener, además, la fotografía con los precisos límites que cada cual pueda querer, porque la tecnología ha cambiado y la foto A no tiene que ser distinta por completo de la foto B, dado que las fotografías digitales no tienen que atenerse a la ley de discontinuidad que era razonable en el soporte de papel.

¿Cuándo tendremos en el mundo de los libros y las revistas científicas algo parecido a eso? ¿Qué habrá que hacer para que pueda ser realizable alguna hazaña semejante? Uno de los lados más positivos de la revolución en marcha es que no tendremos escasez de datos y que los podremos multiplicar con facilidad y sin excesivo coste, aunque no sin coste alguno, desde luego. El problema que plantea esta explosión de la información (y del conocimiento científico disponible como una de sus subclases) no es meramente una cuestión de cantidad, con ser ella importante. Nos enfrentamos con un mundo en el que no va a ser suficiente la aplicación de nuevos instrumentos digitales a los viejos sistemas de organización y catalogación.

Lo que sigue son unas ideas al respecto, ideas que hay que tomar como indicaciones del camino que, en nuestra opinión, deberían seguir las tecnologías en su aplicación al campo de la preservación y la gestión de los documentos del saber. Al pensar en una biblioteca universal pensamos, ante todo, en la universalidad de los fondos, un asunto que en el universo digital puede dejar de ser problemático, de manera que lo que expresará el valor específico de cada Biblioteca no será tanto la magnitud de sus fondos como la flexibilidad y la eficacia de sus sistemas de catalogación, gestión y búsqueda de contenidos. En el futuro es muy probable que nos encontremos con la sorpresa, a mi modo de ver agradable, de que la universalidad no está reñida con la diversidad, que la biblioteca universal no tiene que ser *única*, que cabrán muchos modelos de bibliotecas universales, del mismo modo que nada se opone a que el servicio que nos da Google lo pueda dar mañana cualquier otro operador digital más dinámico, astuto e imaginativo.

Si se trata de organizar de manera racional y efectiva la inmensa esfera de la totalidad de los documentos que se han producido y que se puedan producir en el futuro, y esa debe ser la ambición de quienes se ocupan de esta clase de asuntos, hay que empezar por reconocer que la tarea es ingente, desconsoladora, imposible. Hay que pensar de nuevo y hay que hacerlo cambiando, en parte al menos, lo que podríamos llamar nuestros respectivos *invariantes*, esa serie de supuestos que han venido siendo válidos hasta ahora, y lo siguen siendo desde un punto de vista lógico, que están inspirados en una doble tradición académica y bibliotécnica que ahora empieza a sentirse impotente frente a la espectacularidad del increíble crecimiento que experimenta la producción de documentos de todo tipo.

En nuestra opinión, se recorrerá una buena parte del camino que nos conducirá a organizar las cosas del mejor modo posible si se deja de mirar el conjunto de los libros con criterios de tipo clasificatorio, como objetos físicos, singulares, aislados y cerrados, y se comienzan a ver como partes de un único libro, por supuesto que esencialmente multilingüe, ese libro que se compone de tantos capítulos cuantos libros se han escrito. Los textos digitales no necesitan estar aislados de la misma manera que lo están los textos impresos: como objetos digitales, pueden estar siempre *abiertos* y, puesto que no necesitan estar en un único lugar, pueden aparecer en multitud de contextos. El espacio lógico que se crea al considerar una colección cualquiera de textos como un único texto, por ejemplo, todos los libros de poetas españoles o todos los artículos de mujeres químicas o cualquier otro subconjunto, es un universo popperiano, un conjunto objetivo de conjeturas y refutaciones que se autocontiene y que, además de estar estrictamente definido por los textos mismos, está internamente articulado por las muy variadas relaciones objetivas que cada uno de esos textos, cada una de sus ideas, cada una de sus citas o afirmaciones, guardan entre sí.

Al aplicar esta idea popperiana a la organización de los textos digitales partimos de que cualquier texto debe ser visto no tanto como una descripción de un estado de cosas (aunque desde muchos puntos de vista eso es exactamente lo que son), sino como un discurso en el que resuenan otros discursos, como un documento que se refiere principalmente a otros documentos sin los cuales no habría llegado a escribirse, como una trama de símbolos que forma parte de una trama más amplia en la que cobra sentido y que le confiere un orden y una posición en el seno de esa unidad superior que es el texto digital total.

Ese universo complejo es el que recorren, en realidad, quienes han escrito cualquiera de esos libros y es el que deberían conocer, tan bien como puedan, cualquiera de sus lectores. La idea que queremos apuntar es que esa consideración popperiana del único libro total o de cualquiera de sus grandes provincias, proporciona un modelo lógico que permite una catalogación muy distinta de la ahora habitual, una catalogación mucho más amplia, rica y útil que debería ser la propia de una biblioteca digital. Vayamos por partes.

En el entorno digital se producen cambios sustanciales respecto al entorno de la imprenta: los documentos ya no son objetos físicos que ocultan, aunque pueden mostrarlos, cuando se abren, una serie de símbolos en los que ciframos nuestros saberes. Los documentos digitales son ellos mismos una serie de símbolos que pueden ser recorridos a velocidades inimaginables por *buscadores*, por programas que son capaces de encontrar en esas cadenas cualquier serie definida de símbolos que exista en la colección.

En un universo de miles de documentos físicos alguien provisto de paciencia y de buen sentido podría acabar encontrando casi todo, pero, en un universo de millones de documentos, esa es ya una tarea imposible. Las nuevas tecnologías digitales nos pueden permitir superar, en parte, esa limitación configurando una especie de *espesura transparente*, un entorno en el que pueden penetrar descriptores que no son rígidos sino flexibles, que pueden ser tan distintos y variados como lo requiera la ocasión y el interés del usuario y que, por ello, pueden configurar un ámbito de búsqueda mucho más abierto a las intenciones y a las expectativas del lector o del investigador, de manera que quien los maneje puede moverse por dentro de los documentos con entera libertad, avanzando mucho más rápidamente que si dependiera únicamente de los indicios que proporcionan los criterios clásicos de referencia (tales como, títulos, capítulos, índices, citas o notas).

Un libro de papel es un libro *cerrado* porque es un objeto opaco: solo las ventanas de sus descriptores, no en vano situadas en el exterior del objeto, nos dicen de manera más o menos precisa lo que podemos encontrar en él. Un texto digital es, por el contrario, *transparente, abierto*: está disponible para cualquier búsqueda en su cadena de símbolos y en ese sentido es un libro abierto, un texto cuya lectura y/o utilización puede empezar por cualquier parte, un objeto dotado de tantos términos en su índice analítico como palabras contiene: un edificio cuyos ladrillos son también ventanas que dejan pasar la luz, que nos permiten mirar dentro. Un texto está completamente abierto, cuando puedo moverme por él con la misma facilidad con que me muevo por el texto que ahora estoy escribiendo en mi computadora.

Esta distinta cualidad del *libro abierto* es por sí sola decisiva, pero pasará a serlo mucho más cuando, gracias a la naturaleza digital del texto y a las posibilidades de los motores de búsqueda, tengamos acceso fácil a cualquiera de los miles de millones de textos escritos y a muchos de ellos a la vez. No se trata solamente, y esto es importantísimo, de que podamos obtener copias virtualmente infinitas de un único ejemplar a un precio que se puede aproximar a cero cuanto queramos. Lo más importante es que con los textos abiertos podemos hacer muchas cosas, además, naturalmente, de leerlos.

El texto digital y las tecnologías de búsqueda de las que ya disponemos nos permiten hacer indexaciones, comentarios, citas, anotaciones, reediciones, un sinnúmero de operaciones que también podían hacerse antes, desde luego, pero ahora pueden hacerse con un costo de tiempo infinitamente menor y con mucha mayor exactitud. Al catalogar un texto digital no necesitamos limitarnos a enumerar una serie de descriptores clásicos o externos, sino que podemos advertir al posible lector de un sinnúmero de *descriptores internos*, además de que el lector podrá adentrarse en el texto explotando con toda facilidad los recursos de su memoria. Sólo un erudito de primera estaba hasta ahora en condiciones de asegurar si Cervantes usó o no una determinada expresión, un término, si citó o no a un poeta de la antigüedad: con una edición digital de nuestro autor es esa una tarea de niños que, entre otras cosas, hará que nadie quiera dedicarse a exhibir erudiciones estériles como si de un trabajo serio se tratase.

Pongamos otro ejemplo. Si queremos reconstruir el camino que ha seguido una determinada línea de investigación en cualquier terreno, los descriptores ordinarios nos serán de muy poca ayuda. La estructura histórica del conocimiento es opaca ante esa clase de intereses. En un entorno digital idealmente constituido y con nuevos descriptores sería, por el contrario, cosa mucho más fácil saber en qué textos se apoya un documento determinado, qué fuentes se han usado, cuáles se han seguido, cuáles se han rechazado, que ideas se han modificado en la lectura que el autor ha hecho de otros textos etc. Nada de esto nos lo va a dar la tecnología por sí misma, pero la tecnología va a hacer posible que eso se consiga porque cada texto puede estar relacionado con todos aquellos otros que el mismo autor haya escogido y, lo que es más importante, con todos aquellos otros que los críticos, otros escritores y los simples lectores hayan tenido a bien señalar.

Cuando se sepa bien lo que se busca podremos utilizar un número de descriptores muy superior al actualmente usual para poder singularizar y localizar un texto determinado entre los millones de textos similares. Esa nueva clase de descriptores del texto digital nos ayudara todavía más cuando no sepamos con toda claridad qué es lo que queremos encontrar, cuando nuestra búsqueda se refiera no tanto a un texto cuanto a un problema, cuando tratamos de llegar a saber algo que previamente no sabíamos.

Es importante hacer notar que entre esos descriptores internos se pueden crear muchos que singularicen completamente un texto determinado, que le convengan a él y solamente a él. A este tipo de descriptores, a los que deberíamos llamar singularizadores, nos permitirán localizar un texto entre un millón de similares. Los textos, como las personas, pueden ser muy parecidos, pero son todos distintos. Un sistema ideal de catalogación sería aquel que subrayase precisamente lo original de un texto, lo que evita su confusión con los documentos similares. Podemos intentar reflejar esa singularidad porque incluso el texto más convencional tiene propiedades que solo él tiene. Al catalogar esas propiedades hacemos un retrato inequívoco de su singularidad que nos permitirá localizarlo de manera inequívoca. Los singularizadores recogen determinadas propiedades de los signos lingüísticos (cadenas textuales especialmente significativas, colecciones de términos, citas, etc.) que constituyen el texto y que serán ayudas eficaces para el trabajo de los motores de búsqueda de que disponga cada biblioteca.

La singularidad más importante de un texto no reside en su unicidad como una determinada cadena de signos, sino en su singularidad intelectual, en su valor como pieza de conocimiento. Esta propiedad es, desde luego, mucho menos objetiva que la primera, pero mucho más relevante desde el punto de vista del que quiere leer y saber. Las facilidades que nos brinda la digitalización nos van a permitir etiquetar cada texto de una manera muy libre y variada, adjuntándole, naturalmente para que lo consulte quien quiera, una enorme variedad de *etiquetas*, con nuevos descriptores a los que habría que llamar *descriptores popperianos*. De lo que se trata es de crear para cada texto una serie de descriptores que traten de expresar la singularidad no literal sino intelectual del texto, su

específico carácter argumental y que reflejen valoraciones externas del texto que estarán provistas de firma y de las indicaciones que permitan localizar su autoría de modo inequívoco.

La realidad de un texto cualquiera puede expresarse de dos maneras enteramente distintas: en primer lugar, mediante cualquier caracterización inequívoca de la singularidad de los signos que lo componen. Mediante este primer procedimiento, podremos encontrar con toda facilidad un texto cualquiera del que recordemos una cadena que le sea peculiar, siempre que dispongamos del texto abierto. La segunda manera de caracterizar un texto se funda en aquellas cosas que se han dicho y se pueden decir de él. En este caso, hacemos uso de lo que podríamos llamar su significado popperiano, lo singularizamos mediante lecturas ajenas al texto mismo pero que lo califican como un documento ligado por unos u otros lazos al resto de los documentos existentes. De este modo vemos al texto en su contexto más propio, el de las opiniones de quienes lo han leído y lo han consagrado para la posteridad o lo han condenado al olvido.

La tecnología digital nos va a permitir enmarcar cada texto en un contexto metatextual muy rico que nos permitirá catalogaciones mucho más precisas y ajustadas, búsquedas ahora impensables y formas de lectura muy complejas. El ideal de una catalogación es que el conjunto de los descriptores refleje del modo más completo posible el significado del texto y sus relaciones de todo tipo con el conjunto de textos esenciales para un determinado sector del saber y que, además, permita encontrar con facilidad textos de los que no se tiene una información precisa pero cuya existencia nos consta. Singularizadores y descriptores popperianos son esenciales para encontrar documentos cuyos precisos datos bibliográficos no se recuerdan ya. Se cuenta que Kart Popper siendo ya muy anciano se refirió en una conferencia a un libro que había escrito y cuyo título no recordaba pero que trataba del pensamiento de Platón y del autoritarismo: con esa descripción que el viejo filósofo retenía en su memoria debería ser fácil recuperar en la futura Biblioteca universal la obra titulada *The Open Society and Its Enemies*.

La escritura y la lectura son dos operaciones muy distintas en el universo de la imprenta, aunque la gente siempre ha escrito en los márgenes de lo que leía. El texto digital acerca esas dos operaciones de manera muy íntima. El texto abierto puede ser, a la vez, un cuaderno, de tal modo que en el mundo digital cualquier lectura puede dejar huella, haciendo real el ideal según el cual en libro es lo que han leído en él sus lectores. Claro es que un exquisito pesimista borgiano podrá decir aquí que si la imprenta es aborrecible porque multiplicó sin piedad la existencia de textos innecesarios, la digitalización puede acabar siendo el auténtico acabose. Para luchar contra esta desesperanza, para poner puertas a este posible mal del caos infinito y aparentemente irremediable, la sociedad tendrá que redefinir de una manera imaginativa y generosa la nueva misión y las nuevas funciones del bibliotecario.

Es evidente que todo ello exigirá la creación de un novísimo conjunto de reglas para evitar que la desinformación, que siempre se disfraza de lo contrario, se adueñe de los escenarios. Hay que garantizar la identidad original de los textos, su integridad y distinguirla con toda nitidez de cuanto se puede decir sobre ella. Hay mucho trabajo que hacer y, antes de hacerlo, hay que imaginarlo.

El entorno digital nos va a permitir relacionar cualquier texto con cualesquiera otros con una enorme facilidad. La precaución fundamental que hay que tener, y no es pequeña, es la de distinguir claramente los textos originales de esas nuevas ediciones o metatextos, y los distintos niveles de metatexto que habrá que organizar, tanto si estos metatextos se han escrito por el autor del texto principal como por cualquiera de los archiveros o lectores. Estos dictámenes de lectura pueden adjuntarse con facilidad al texto con tal que cumplan una serie definida de condiciones de tipo crítico y ético que, desde un punto de vista tecnológico, serán muy fáciles de montar: de hecho, el etiquetado de textos es hoy moneda corriente en cualquier navegación por Internet.

Esta nueva clase de descriptores nos permitiría no solo retroceder hacia las fuentes que inspiraron la escritura de un texto, sino ascender desde estas a las distintas líneas de investigación que ha suscitado un documento cualquiera. Este tipo de acotaciones a un texto supone la generalización y, en cierto modo, la democratización, de las evaluaciones que determinan el impacto de un texto, su importancia en una determinada comunidad, a partir de cuáles han sido sus lectores, asunto de enorme importancia en ciencia y que también podrá explotarse con provecho en otros muchos terrenos. Pero no hay que entender que estas tecnologías van a ser fieles servidoras de un creciente *efecto Mateo*, porque la digitalización aumentará sin duda ninguna el número de lectores de esos textos que nadie ha leído y permitirá que puedan rescatarse del olvido infinidad de textos que descansan de una manera totalmente estéril en el limbo del saber.

Encontrar fórmulas que permitan hacer realidad ese conjunto de posibilidades no es función de la tecnología. Las propuestas deben salir de las instituciones responsables de la gestión del conocimiento, de su crecimiento y su evaluación. Las tecnologías no están para imponer soluciones sino para hacer más fáciles nuestras ideas. Lo que hace falta es que, apoyándonos en las posibilidades de tecnologías ya casi triviales seamos capaces de introducir mejoras que faciliten el acceso de los usuarios diseñando nuevos descriptores o metadatos que se funden en las formas de pensar de las personas, en las formas en que buscamos la información que no tenemos, sin confiar únicamente en que la fuerza bruta de la tecnología nos dispense de imaginar.

Tal como hemos sugerido, las ideas popperianas nos pueden ayudar a pensar en un modelo alternativo al vigente, un modelo no fundado en *espacios* disjuntos (Geografía/Historia, Física/Química, etc.), no inspirado en *cajones o estantes*, sino que, por el contrario, se base en una metáfora continuista, en que los humanos llevamos miles de años enzarzados en una gran conversación en la que, de una u otra manera, todo tiene que ver con todo. La idea de fondo es un principio de apariencia modesta, la certeza de que todo texto refleja unas discusiones que ponen en comunicación unas cuestiones con otras, y que configuran un espacio lógico en el que, como en el texto digital, nada está aislado y en el que todo tiene que ver con todo, conforme a redes de proposiciones que pueden establecerse o reconstruirse de manera bastante rigurosa. No estamos ante una *clasificación* de inspiración puramente lógica, basada en disciplinas que reflejan una división más o menos exhaustiva del conocimiento, sino ante un universo casi infinito pero unitario compuesto por elementos singulares, los textos, que guardan entre sí relaciones muy complejas, que contienen *memoria* unos de otros: no estamos, pues, ante un árbol claro sino ante un *cerebro* complejo en el que, como en el cerebro real, las neuronas de este *cerebro textual*, guardan cientos de miles de relaciones con otras neuronas que no necesitan ser del mismo tipo ni dedicarse a idéntica función.

Se trata de iniciar un proceso en el que la inteligencia humana tendrá un papel esencial, en el que las tecnologías pueden facilitar el manejo de ingentes cantidades de información, pero en el que solo la experiencia, la imaginación y la audacia de los bibliotecarios y de los investigadores será capaz de encontrar fórmulas realmente innovadoras que faciliten el trabajo del saber, que sistematicen de modo muchísimo más rico el conocimiento que poseemos y que permitan utilizarlo de un modo más eficiente y ordenado. Estoy convencido de que uno de los beneficios marginales más importantes de la gestión digital del conocimiento va a ser el que se pueda rescatar el trabajo de muchísimas personas de ese limbo de indiferencia en el que ahora se halla, lo que sucederá cuando se pueda hacer uso efectivo de ese enorme porcentaje de investigación que ahora está al margen del circuito en el que se trabaja de manera efectiva por progresar y saber más.

El panorama de las bibliotecas virtuales no debería recordarnos ninguna guerra cultural sino que nos sugiere cuánto nos podremos acercar a esa utopía intelectual en la que no exista la escasez, en la que nada se halle ni perdido ni solo, algo que soñaron, entre otros, Wells y Borges y que pronto podremos gozar si acertamos a hacer el trabajo adecuado.